



BIBLIOTECA

ORO

PR

**REX STOUT,**  
**GATO MONTÈS**

Cuando Delia Brand planeó el asesinato del predicador Rufus Toale, estaba en la idea de realizar un acto de justicia por el asesinato de su propio padre y el suicidio de su madre. Mas al llegar a la oficina de Dan Jackson aquella noche a las diez, deseando solo evitar que Jackson despidiera a su hermana, encuentra a Jackson muerto y el revólver que ella tenía para sus planes, en la mesa, al lado del muerto.

Delia no logró asesinar a Rufus Toale y fue detenida por un crimen que no cometió. Esto es el inicio de una serie de hechos, con grandes repercusiones, que nos llevan a conocer lo que realmente significa Gato Montés.

## Guía del Lector

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.*

**ANSON** (Harvey): Abogado defensor de Delia.

**ARCHER** (James): Protector de la Escuela Pendleton.

**ARCHER** (Jimmie): Hijo del anterior y alumno de la citada Escuela.

**BAKER** (Ed): Fiscal del distrito.

**BRAND** (Delia): Profesora de varias escuelas.

**BRAND** (Clara): Hermana de Delia.

**COWLES** (Wynne): Millonaria y conocida actriz.

**CHAMBERS** (Kenneth): *Sheriff* de la provincia de Silverside.

**DILLON** (Tyler): Abogado de la firma «Escott, Brody & Dillon». Protagonista de esta novela.

**ESCOTT** (Phil): Célebre abogado en Cody.

**GLEASON** (Art): Redactor del «Times-Star».

**HENCKEL** (Effie): Directora de la Escuela Pendleton.

**HOPPLE** (Marvin): Dependiente de una tienda de artículos deportivos.

**HURLEY** (Squint): Explorador de minas.

**JACKSON** (Dan): Dedicado a negocios de minas.

**JACKSON** (Amy): Esposa de Dan.

**MERRIAM**: Viejo juez de Cody.

**NEVINS** (Ollie): Un importante explorador minero.

**PALTZ** (Joe): Excelente ganadero del Wyoming.

**PELLET** (Quinby): Disecador de animales y tío de las hermanas Brand.

**PHELAN** (Frank): Jefe de policía de Cody.

**SAMMIS** (Lemuel): Socio de Jackson, y suegro del mismo, padrino de Clara y Delia y uno de los hombres más influyentes de la provincia.

**SAMMIS** (Evelina): Esposa de Lemuel.

**TOALE** (Rufus): Reverendo pastor de Cody.

**TUTTLE** (Bill): *Sheriff* de la provincia de Park.

**WELCH** (Daisy): Esposa del alcaide de la cárcel.

## CAPÍTULO PRIMERO

**A** PROVECHANDO que en aquel momento de aquel martes por la mañana, en pleno mes de junio, no había clientes en la tienda de Artículos de Deporte MacGregor, el dependiente, de pie al otro lado del mostrador, recostose en los estantes de los avíos de pescar, entornando los ojos, con expresión soñadora. Su pensamiento acariciaba un viejo y repetido sueño que habría salido ganando con la adición de nuevos rasgos, pero el joven no abrigaba el propósito de molestarse en inventar ninguno en aquel día tan caluroso. El mencionado sueño hacía referencia a la entrada en la tienda de una compradora hasta entonces nunca vista, joven, rubia y hermosa. Tras pedir que le mostrara raquetas de tenis y quedarse con una de ellas, la muchacha comentaba, con una tímida sonrisa, que, a buen seguro, tendría que jugar con una liebre, pues era absolutamente forastera en Cody y no conocía a nadie, salvo a su abogado; entonces él le diría su nombre, que era Marvin Hopple, agregando jocosamente que, puesto que al presente conocía a él, ya no tenía por qué pensar en la liebre... Después, las cosas se precipitarían... y el opulento marido, a quien Marvin jamás vería ni tendría interés en ver, entregaría la cantidad global debida a la separación, evitando con ello el engorro de entregas periódicas...

Reprimiendo un bostezo, el dependiente irguióse con un sobresalto. La imaginada compradora, convertida en un ser de carne y hueso, entró en la tienda. Era joven, ma-

nifíestamente bella (aunque no particularmente rubia), y de andares cimbreantes. Marvin adoptó una expresión risueña para atender al importantísimo detalle de la primera impresión, pero, al tiempo que la recién llegada se acercaba al mostrador, el joven experimentó un vivo desencanto.

No había tal princesa oriental. Delia Brand había estudiado en el instituto de segunda enseñanza de Cody lo mismo que él, si bien en la clase de grado inferior a la del muchacho. Con todo, éste la miró y saludó con cierto interés, siendo así que no había tenido ocasión de verla ni hablarla desde la reciente tragedia ocurrida en su familia, tanto más notable y extraordinaria cuanto que venía precedida de otra acaecida unos dos años atrás. Marvin no pudo menos de experimentar un ligero sobresalto al ver de cerca el rostro de la joven; todo en él semejaba sin vida, a excepción de sus ojos castaños; la ardiente expresión que brillaba en ellos le produjo una especie de embarazo, reduciendo su saludo a un incoherente balbuceo.

Tras corresponder a las palabras del dependiente, la joven, depositando su bolso de piel sobre el mostrador, sacó del mismo un revólver. Luego, asiendo el arma por el cañón y encarando la culata a su interlocutor, inquirió:

—¿Tiene usted cartuchos para esto?

—Por supuesto —respondió el dependiente, soltando el seguro.

Después, hizo girar el cilindro y, atisbando dentro de la boca del arma, preguntó:

—¿Cómo los desea usted, duros o blandos?

—No tengo idea. ¿Cuáles son mejores?

—Depende. ¿Para qué los quiere?

—Para matar a un hombre.

Marvin volvió a mirarla a los ojos. Sentíase muy turbado e incluso algo enojado, porque, aunque, en ocasiones, las bromas de aquella índole resultaban bastante divertidas, parecíale de mal gusto, es más, rayano ya en la indecen-

cia, que Delia Brand aventurase una, teniendo en cuenta los acontecimientos habidos en su familia. El joven poseía un intenso sentido del decoro y no le gustaba profanarlo. Sin pronunciar una palabra, abrió un cajón, y, escogiendo una caja de cartuchos, la envolvió y ató con una goma, murmurando, al tiempo que la tendía a la compradora:

—Son noventa centavos.

Y, mientras la joven metía en su bolso los cartuchos, él revólver y la moneda de diez centavos del cambio, Marvin profirió sarcásticamente:

—Si no tiene usted muy buena puntería, procure no apuntarle a la cabeza. Hágalo aquí —agregó, señalándose el abdomen, con un movimiento circular del índice hacia el medio.

—Muchas gracias por el consejo —masculló su interlocutora, al tiempo que daba media vuelta para marcharse.

Marvin la vio desaparecer en el resplandeciente sol de la acera, con expresión enfurruñada. Luego, suspirando, dirigióse a la trastienda, donde encontró a su patrón ocupado en marcar precios a una serie de cajas recién recibidas.

—Delia Brand acaba de venir a comprar una caja de cartuchos del calibre 38.

El señor MacGregor no levantó la vista de su tarea. Por fin, tras terminar de escribir una cifra debidamente disimulada en la orilla de un artículo, inquirió, dejando el lápiz en suspenso:

—¿Cuál de ellas es? Siempre confundo los nombres de esas dos hermanas.

—La menor.

—¡Vaya! Supongo que pagará la cuenta. Ambas tienen una buena colocación.

—No me ha dicho que lo apuntara. Ha pagado en el acto. Ha traído consigo el arma, un viejo Hecfcer del 38. Me sentí obligado a preguntarle para qué quería usarlo, a lo cual ella respondió que para matar a un hombre.

—Usted se lo ha buscado —repuso MacGregor, ahogando una risita—. ¿Qué necesidad tenía de preguntarle nada? Es posible que Wyoming se haya civilizado mucho hoy día, pero aún queda una porción de gente por ahí que disfruta disparando a ardillas, liebres y... latas de conserva, lo cual a mí me llena de satisfacción. Vendemos municiones, muchacho.

Me consta que así es. Le he vendido los cartuchos que me pedía. Pero tendría usted que haberla oído. No daba la impresión de querer hacer un chiste macabro.

—El caso es que usted le formuló la preguntita, ¿no es eso?

—Tendría usted que haberla visto cuando lo dijo —insistió Marvin Hopple—. Y también antes y después de decirlo.

—Estoy muy ocupado —gruñó MacGregor—. Ande, váyase usted de aquí y cese ya de importunarme.

—No estaría de más telefonear a la policía y contarles lo que hace al caso, ¿verdad?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó MacGregor, dando una impaciente manotada en el aire—. ¡Basta ya! Si tiene usted ganas de guasa, haga cosquillas a mi caballo y diviértase viéndolo reír. Me parece que ha entrado un cliente. Si desea pelotas de golf, no se olvide usted de preguntarle para qué las quiere.

Marvin Hopple acudió a la tienda; en efecto, era el viejo juez Merriam que venía a por pelotas de golf.

Bajo el fulgor del deslumbrante sol, Delia Brand recorrió el centenar de metros que la separaban del lugar donde había estacionado el viejo automóvil que figuraba entre los heterogéneos objetos legados por su padre al acaecer su muerte, dos años atrás. Al llegar junto al vehículo, la joven tendió la mano a la portezuela. Luego, arrepintiéndose, reflexionó unos instantes, tras los cuales optó por seguir andando en la misma dirección. Los habitantes de Cody, pese al rigor del sol, solían preferir un pa-

seo de diez minutos que andar buscando otro lugar de estacionamiento en el centro de la ciudad; pero, al parecer, la actitud de la muchacha obedecía, en parte, a otro motivo, pues una manzana más allá dejó la acera para entrar en un *drugstore*. Mientras se dirigía al extremo opuesto del largo bar, se detuvo un instante a contemplar a una enorme y feroz alimaña de dientes relucientes y brillantes y voraces ojos, que parecía a punto de saltar sobre ella desde la mesa donde estaba instalada. Apoyada en su pata derecha delantera, había una tarjeta con las siguientes palabras:

DISECADO POR QUINBY PELLETT  
SE VENDE

La muchacha cambió un saludo con el joven apostado detrás del bar y, encaramándose a un taburete, encargó:

–Un «Parg» especial con dos guindas.

El «barman» tomó un vaso grande y lo llenó hasta el borde con una porción de líquidos de diversos recipientes. Luego, mientras lo colocaba ante la muchacha y recogía las dos monedas de diez centavos que ésta dejó en el mostrador, observó:

–No estaría de más que dijese usted a su tío que pasara por aquí a echar un vistazo a ese coyote. Ya empieza a caérsele el pelo del lomo derecho.

–Sí, ya me he fijado –asintió Delia Brand, distraídamente, mirando a su interlocutor sin verle, en tanto éste procedía a pasar un paño por el mostrador.

De vuelta a la calle, la joven encaminose a la próxima esquina, dobló a la derecha, y, al llegar casi al final de la tercera manzana, se detuvo ante el edificio más nuevo y más grande de la ciudad, el Sammis Building, en la Mountain Street. Una vez dentro del mismo, la muchacha subió al quinto piso en un ascensor, y, a medio pasillo, manipuló

el tirador de una puerta, en cuyo panel de cristal figuraba la siguiente inscripción:

ESCOTT, BRODY & DILLON

ABOGADOS

ENTRADA

No había nadie en la antesala, ni en el espacio reservado a los visitantes, ni al otro lado de la barandilla donde se hallaban instalados un cuadro de distribución y dos escritorios de estenógrafo. Delia hizo ademán de avanzar al portillo de la baranda de separación, pero se detuvo, indecisa. De improviso, quedose rígida. Casi sin transición, las voces que llegaban a sus oídos fueron secundadas por la aparición, por una puerta interior abierta, de dos personas, caminando una al lado de otra. El hombre era joven, de apenas treinta años, de corpulencia insuficiente para un jugador de fútbol, pero fuerte y de buena estatura, con la boca ancha de orador y penetrantes ojos grises. La mujer, de más o menos la misma edad que su compañero, era muy llamativa. En cuanto apareció, semejó llenar la estancia, lo cual fue, sin duda, un efecto de dispersión electrónica, porque, en realidad, era de estatura regular y constitución rolliza. Parecía bonita, pero la gente que no la había visto nunca al natural, al contemplar su fotografía en el «Sunday Illustrated», opinaba que era una gran suerte que tuviese tanto dinero, puesto que no pecaba de agradecida. Tenía la tez tersa y luminosa, pese a la ausencia de maquillaje. El sorprendente efecto que causaba su persona debíase, en parte, al hecho de que, cuando uno se acercaba a ella, comprobaba que el iris de sus ojos ostentaba un tono entre amarillo y anaranjado oscuro y que sus contraídas pupilas perdían su redondez y tornábanse ligeramente elípticas, particularidad calificada de fascinante y

de fantástica por innumerables personas de muchos lugares distintos.

Al ver a Delia, el joven, dejando inconclusa una observación jocosa, avanzó presurosamente a su encuentro.

—¡Hola, Del! —exclamó, abriendo el portillo—. ¿Tú por aquí? Creo que ya conoces a la señora Cowles, ¿verdad?

Delia permaneció rígida. Habríase puesto furiosa si alguien hubiese sugerido que los menores detalles de su porte, desde la leve inclinación de la cabeza y su mirada sesgada, hasta la contracción de los hombros y la ligera tirantez del labio inferior, recordaban la técnica de la Garbo o la Crawford en la pantalla, pues la joven sentía un gran desprecio por el arte cinematográfico y no abrigaba la menor intención de consagrar su destino a los estudios de Hollywood. No obstante, cualquier aficionado al cine un poco observador habría caído en la cuenta del detalle.

En un tono frío y ofensivo, la muchacha espetó, mirando al hombre de soslayo:

—La conocí cuando era señora Durocher, o, si la interesada lo prefiere, la Gata Montesa.

—¡Oh! —exclamó la señora Cowles, divertida, acercándose a la joven, que, una vez más, comprobó la angostura de sus pupilas—. Tal vez podrá usted decirme... pero, ya me perdonará, ¿verdad? ¿Cómo se llama, señorita?

—Delia Brand —terció el hombre.

—Lo siento, pero es un derroche de energía recordar los nombres de las mujeres. ¡Cambian tan a menudo hoy día! Decía que acaso podrá usted explicarme, señorita Brand, quién fue la primera persona que me llamó así. Me refiero a lo de Gata Montesa. Llevo tiempo deseando averiguarlo, porque me gustaría mandarle una brida de plata, una botella de vino o algo por el estilo. ¿Quiere usted creer que el apodo en cuestión me ha seguido a Nueva York, a Palm Beach y a Francia inclusive? Me gusta. ¿Sabe usted quién lo inventó?

–Sí –asintió Delia, en el mismo tono, si bien con mirada menos atravesada–. Yo misma.

–¿Qué me dice? ¡Qué afortunada! ¿Monta usted a caballo? ¿Utilizaría usted la brida o prefiere el vino?

–Ninguna de las dos cosas –masculló Delia, girando sobre sí misma como un remolino.

E, imprimiendo a su voz un tono mordaz y desdeñoso, agregó:

–¿Viniendo de usted?

Al propio tiempo, atravesó el portillo de la baranda de separación. En el pasillo interior, poco antes de llegar a la cuarta puerta de la izquierda, abierta de par en par, cruzose con una de las taquígrafas. Tras entrar en la estancia, Delia la cerró de golpe. La sala era espaciosa, con dos ventanas, un estante de libros de leyes, un escritorio y varias sillas. A los dos minutos escasos de permanecer sentada en una de ellas, abrióse la puerta, dando paso al joven que acompañaba a *mistress* Cowles. Tras detenerse en medio del aposento y mirar un momento a la muchacha, el recién llegado pasó al otro lado del escritorio y tomó asiento en el sillón giratorio.

Durante unos instantes apretó los labios, como conteniéndose, y de improviso profirió con cierta energía:

–Deberías ir a San Francisco o a Nueva York. Deberías irte sola a trabajar, luchar o hacer algo. Siempre has vivido muy sujeta y ahora, naturalmente, estás más tirante que nunca. ¿Por qué diablos has dicho a Wynne Cowles que fuiste tú la que inventase ese apodo de Gata Montesa? Sabes perfectamente que no es verdad.

–¿Y eso qué importa? –replicó Delia, mirándole con ojos centelleantes.

–Nada. Tampoco importaría que, de repente, yo me pusiera cabeza abajo y repitiese el Discurso de Gettysburg, pero, si tal hiciera, tú estarías en tu perfecto derecho de preguntarme el motivo de mi actitud. ¿A qué viene to-

do ese alarde de ojeriza y aversión por esa mujer? ¿Debo atribuirlo a tus nervios? La cosa corrobora...

—Nada de nervios. No estás en lo cierto. Soy... bien, soy un poco vehemente. Eso te consta. He venido aquí a verte, a preguntarte...

Delia levantó una mano y oprimiose la frente unos instantes. Luego volvió a dejarla caer en su regazo, como un peso.

—Vengo y te encuentro alegre y satisfecho en compañía de esa fulana. Si no llego a hacer un esfuerzo para disimular mis sentimientos...

—¡Valiente majadería! —estalló el otro—. ¿Qué sentimientos? ¿Personales o sociales? ¿Celos o repulsión moral? En ambos casos...

—No tengo inconveniente en que lo califiques de celos. Soy perfectamente capaz de sentirlos.

—Es posible que lo seas, pero no tienes derecho a experimentar ese sentimiento —repuso el joven, mirándola furiosamente—. Con todo, aceptemos por un momento que eres celosa y examinemos el caso de Wynne Cowles. ¿Quién soy yo? Tyler Dillon, un abogado de Cody, el socio menos antiguo de la mejor firma de la ciudad. ¿Quién es Wynne Cowles? Una actriz millonaria, conocida desde Honolulu hasta El Cairo. Acudió aquí hace dos años para presentar una demanda de divorcio, y ahora ha vuelto, dispuesta a formular la segunda. La primera vez, dejó unos cincuenta mil dólares en este Estado, cosa que, probablemente, repetirá. Mi deber es que se marche satisfecha de mis servicios.

—¿Satisfecha? —exclamó Delia con desdén—. Todo el mundo sabe qué es lo que satisface a esa mujer. ¿Acaso figuras tú también entre los que se prestarían a complacerla?

—Es posible —murmuró el joven, tomando un lápiz de encima de la mesa y arrojándolo de nuevo sobre la misma—. ¿Por qué diablos he de constituir una excepción? Por lo

que a mí respecta, podría incluso casarme con ella. ¿Por qué no? Entrega una generosa indemnización al repudiado...

—¡Ty!

—¿Qué?

—¡Tyler Dillon!

El abogado la miró fijamente. Tras un minuto de silencio, levantose de la silla, y, contorneando el escritorio, permaneció de pie, mirándola, con las manos en los bolsillos. Por último, cambiando de tono, dijo pausadamente:

—Mira, Del. No intento divertirme a costa tuya, aunque bien sabe Dios que tú lo has hecho a costa mía. Eres una chiquilla. Simplemente una chiquilla de instituto. Lo eras hace dos años, y sigues siéndolo ahora, a pesar de tener ya los veinte cumplidos. Pero es posible que Elena de Troya no fuera más que eso a tu edad. De todos modos, ese intento tuyo de fingirte celosa de Wynne Cowles es una solemne tontería. Ya sabes mi opinión. Te lo dije en cierta ocasión. No te creo capaz de ninguna emoción sincera. No te creo...

Delia hizo ademán de levantarse, pero él, posando la diestra en su hombro, le suplicó:

—Por favor, no hagas eso. No me dejes plantado. ¿Me viste en el entierro de tu madre?

—No sé. No estoy segura de haber visto a nadie en aquella ocasión.

—Ya me di cuenta —comentó el abogado, retirando la mano del hombro de la joven—. Cuando digo que eres incapaz de ninguna emoción sincera debería señalar las excepciones. Me consta que has pasado las suficientes penas y tribulaciones para desequilibrar a una muchacha corriente para toda la vida. No dudo ni por un momento que tus sentimientos sobre ese punto eran bastante sinceros. Aquel día del entierro me perforé los labios de verte a ti morderte los tuyos, en un esfuerzo por contenerte.

—No te vi, Ty.

—Lo sé. No viste a nadie. Pero, aparte de tus sentimientos por tu padre y tu madre, cuya profundidad y autenticidad no tengo inconveniente en admitir, sostengo que eres una perfecta comedianta. Ahora, estate quieta ahí. Ya he divagado bastante. Lo he hecho porque no puedo arrancarte de mi vida. Y...

—¿Ni siquiera con ayuda de Wynne Durocher? ¿O, si lo prefieres, Wynne Cowles o la Gata Montesa?

—Tonterías. Ya vuelves a fingir. Y fingiste también cuando me aseguraste que estabas enamorada de mí, pero que no querías casarte conmigo para no entorpecer tu carrera. Lo cierto es que me tenías tanto cariño como a cualquiera de las liebres disecadas por tu tío. ¿Recuerdas cómo clavabas los ojos en mí, hablando, entusiasmada, de la Duse y la Bernhardt?

El joven se interrumpió, contemplándola tristemente. Luego volvió a sentarse en su sillón giratorio, con un ademán de desaliento.

—Entonces, debería haber sabido a qué atenerme contigo —prosiguió tras una pausa—. Pero no caí en la cuenta porque estaba locamente enamorado de ti. Sigo estándolo, mas ahora he tenido ocasión de mantenerme a distancia y ver las cosas con más perspectiva. Creía a pies juntillas que ibas a ser una gran actriz por el mero hecho de asegurarlo tú. No sospeché que todo cuando te proponías conmigo era adquirir práctica y experiencia. Fui incluso a aquella función del instituto en que tú tomabas parte y te mandé un ramo de flores, con un nudo en la garganta, convencido de que eras maravillosa. Ahora comprendo que no había tal cosa. De hecho, no eras más que una piojosa.

En lugar de estallar de ira, lo cual habría sido un modo de afrontar la situación, Delia limitose a esbozar una sonrisa.

—No lo niego —murmuró tranquilamente—. Se necesitan muchos años de trabajo y sacrificios para llegar a ser al-